

Identidad y proyecto demócratacristiano (I)

ANDRES ZALDIVAR LARRAIN

A lo largo de nuestra historia, ha sido un desafío cotidiano poner en diálogo la ética y la política. Pero ha sido en los momentos de crisis, donde esta vinculación ha cobrado toda su significación.

La celebración de un nuevo aniversario de la fundación del Partido Demócrata Cristiano nos permite retomar una reflexión iniciada en el último congreso nacional del PDC, y preguntarnos cómo abordamos el actual desafío de conjugar creativamente la tradición con la modernización partidaria, en el actual contexto político que vive el país.

Si el año 1989 marcó el regreso de la democracia para Chile, ese mismo hecho abrió, para el Partido Demócrata Cristiano, una nueva etapa en su historia con nuevas tareas, pero también con desafíos permanentes que vuelven a plantearse en un nuevo contexto.

Desde el punto de vista institucional y de influencia política, es posible reconocer sintéticamente tres grandes fases en nuestra vida partidaria, previas a la actual.

La primera de estas etapas, que constituye algo así como "la prehistoria del PDC" (pues, como sabemos, el partido como tal se fundó oficialmente en 1957, con la convergencia de la Falange con grupos socialcristianos y otros), se sitúa entre fines de los años 30 hasta fines de los 50. Esta etapa inicial, etapa de la Falange, se caracterizó por una bajísima representación electoral (entre el tres y el cinco por ciento), por una militancia homogénea y una gran mística partidaria, a prueba de prolongados magros resultados en las urnas.

Una segunda fase en nuestra historia comienza a fines de los años 50 y dura hasta 1973. Es el tiempo en que el PDC se convierte aceleradamente en un partido de masas, accediendo al gobierno y diversificándose ampliamente la composición de su militancia —en 1963 se convierte en el mayor partido del país y al año siguiente alcanza el gobierno con el triunfo espectacular del presidente Frei—. En 1970, pese a perder el gobierno, el PDC mantiene su carácter de principal partido chileno.

Entre 1973 y 1989, transcurre una tercera gran fase, caracterizada por las dificultades de sobrevivencia y de acción, en el contexto dictatorial, y por una relevante disminución de sus miembros activos, sobre todo en los años inmediatamente posteriores al golpe militar. En su esfuerzo por recuperar la democracia para Chile, el PDC debió desarrollar su acción al margen de la legalidad autoritaria —que prohibía la acción partidaria—, estando también al margen de las instituciones de los poderes Ejecutivo y Legislativo confiscadas por el régimen pasado.

A partir de 1989, como hemos dicho, comienza una nueva fase partidaria: con el advenimiento de la democracia, el PDC vuelve a ser el principal partido del espectro político chileno y vuelve al gobierno, con nuestro camarada Patricio Aylwin encabezando la coalición de partidos que conforman la Concertación, la más amplia alianza política que haya conocido nuestro país en el presente siglo.

Si observamos su historia, lo permanente en el PDC no ha sido ni su política de alianzas, ni su programa político, ni su liderazgo, ni mucho menos su importancia relativa en el espectro político nacional. En cuanto a lo primero, recordemos que los falangistas participaron puntualmente en alianzas gubernamentales con radicales y el PDC propiamente tal, tras su experiencia del "camino propio", efectuó alianzas electorales con la derecha en 1973 y con la centro izquierda en 1989 (electoral y gubernamental). Programáticamente, los demócratacristianos hemos readecuado nuestras proposiciones de acuerdo a las exigencias que cada momento histórico nacional e internacional le ha planteado al país —sin amarrarnos a fórmulas fijas—. Y, en fin, el PDC tampoco se ha estructurado en torno a un caudillo, pues aun habiendo tenido liderazgos de gran carisma (el caso de Eduardo Frei Montalva es paradigmático), estos nunca han sido de carácter personalista ni han anulado la iniciativa de la organización partidaria.

El rasgo que más identifica a la Democracia Cristiana en el contexto de la po-

lítica chilena de este siglo —rasgo que guía y da coherencia a toda la trayectoria histórica del partido— es el compromiso permanente por orientar su acción política a partir de criterios éticos heredados del humanismo cristiano. El nombre mismo del partido da cuenta de esta orientación matriz de nuestra acción.

¿Qué significa más específicamente este compromiso de guiar la acción política a partir de orientaciones éticas?

Implica, en primer lugar, no dissociar ambos términos. Cuando la acción política pierde su referencia a valores permanentes —situados más allá de los vaivenes de las coyunturas— se cae en el pragmatismo ciego de la lucha del poder por el poder o de la mantención del poder a toda costa. Cuando la política disocia de su acción la orientación a la verdad, a la justicia, a la libertad y a la solidaridad, es que ya está inmersa completamente en el mundo de Maquiavelo. La gran enfermedad contemporánea de los sistemas políticos, donde las referencias éticas juegan un rol secundario, es bien conocida y se llama corrupción.

El compromiso de orientar la acción política a partir de principios éticos implica, en segundo lugar, no superponer ni confundir ambas dimensiones, a fin de no caer en actitudes dogmáticas o integristas en el terreno político, contrarias a la libertad de conciencia moderna. El estilo demócratacristiano no sólo se orienta al bien común a través de consideraciones morales, sino que también incorpora elementos estratégicos y de eficacia política acordes con los de-

safios planteados. Ello ha implicado para el PDC, desde un comienzo, declararse como un partido no confesional. Es así como ya en 1939, en un importante documento doctrinario publicado en la revista *Lircay* denominado "Los veinticuatro puntos fundamentales de la Falange Nacional", junto con subrayarse la importancia de una aproximación cristiana de los temas sociales, se rechazaba "toda confusión entre la religión y la política", puesto que "la Iglesia y la religión están por encima de las luchas de los partidos".

Orientar éticamente la política, sin por ello dejar de reconocer la especificidad de esta última, no ha sido ni es una tarea fácil y, por ello mismo, indica la medida de nuestro desafío. Como ha dicho recientemente el pensador y político cristiano, Vaclav Havel, ex presidente de Checoslovaquia: "No es cierto que una persona de principios no pueda ser político. Mi experiencia y mis observaciones personales confirman que la política entendida como la práctica de la moralidad es posible. No niego, sin embargo, que no siempre es fácil".

Para los demócratacristianos, a lo largo de toda nuestra historia, ha sido un desafío cotidiano poner en diálogo la ética y la política. Pero ha sido en los momentos de crisis, donde esta vinculación ha cobrado toda su significación. La afirmación de la libertad democrática, como orientación fundamental, ha sido una constante en nuestro quehacer, tanto en los momentos en que algunos la subvaloraban, tachándola de ser sólo "formal" o "burguesa", como cuando otros la suprimían en el nombre de "la seguridad nacional". Asimismo, la afirmación del principio de justicia en el plano social —afirmación de la solidaridad— nos ha orientado permanentemente, tanto en los momentos en que el desarrollo descansa básicamente en el esfuerzo estatal, como cuando la iniciativa empresarial ha jugado un rol más gravitante.

Hoy, en momentos en que el PDC se encuentra comprometido en un proceso de *aggiornamento* partidario —refrendado en el reciente Cuarto Congreso Nacional—, y cuando el país se adentra en los desafíos de la consolidación democrática y el desarrollo integral, una vez más son nuestras orientaciones éticas matrices las que han de alumbrar nuestra proyección.

(El autor es senador de la Democracia Cristiana. La segunda parte de este artículo se publica el próximo sábado)

VIÑETA

Viejas y nuevas causas

Los fanáticos no tienen remedio/ pues buscan en el exceso el motivo de sus vidas./ Nadie logra disuadirlos de alcanzar el justo medio/ y a lo más logran cambiar una por otra esas causas tan queridas

"El plátano con leche ya no es el de antes. Desde que nadie usa el tenedor para moler ese contundente fruto parece no tener sabor a nada". Me lo dijo tan campante que no pude reirme, poner cara de asombro, ni menos intentar polemizar. El tipo era convincente.

Como insistía en resaltar las bondades de la conocida y alimenticia bebida, como si fuera el único terrícola que la hubiera probado —casi parecía su inventor—, le comenté que yo también suelo ingerirla.

Me estaba dando lo que según él era la receta original de cómo prepararlo cuando la secretaria de mi sicóloga me hizo pasar. "Lo espero y nos tomamos un *banana milk* por aquí

cerca", invitó, disfrazando en inglés el brebaje para que no entendieran las otras personas que aguardaban en la sala de espera. Le advertí que me iba a demorar porque tenía hartos de contarle a la "sico", pero no pareció inmutarse.

"Simpático el plátano-con-leche-nómano. Es un tipo sano. ¿Qué hace por estos lados, aparte de comunicar sus gustos culinarios?", consulté de entrada, sin percatarme de que la sicóloga estaba tomando algo que se notaba espeso en esos típicos vasos desechables de bebidas.

—Perdóneme, me dijo, pero es que este señor prepara tan bien la leche con plátano que no pude resistirme. Además a esta hora a mí me baja el hambre, porque nunca almuerzo.

Me ofreció un poco. Rechacé, aunque en el fondo me habría tomado un litro (hacia rato que estaba tragando saliva inútil y el solo aroma me había estimulado el apetito). No obstante, tenía que guardar la

compostura y portarme como un observador imparcial de esa realidad pintoresca —aunque evidentemente poco dramática— que me tocaba presenciar.

El fanático del fluido mágico es un ejecutivo bancario. En su oficina tiene un "frigo-bar", donde para adivinar lo que abunda no se necesita ser mago. El junior de la oficina todos los días le compra un manojo de plátanos en un minimarket cercano. Como el auxiliar es poco discreto, ya le contó a todo el mundo acerca del particular gusto de su jefe. A raíz de ello lo bautizaron como "Platanomán". La secretaria de gerencia también es cómplice porque es la encargada de preparar el "trago", luego de recibir la orden codificada de "señorita: prepare el tenedor".

Aunque la historia me estaba llenando de sonrisa el rostro, el asunto no es chiste. El hombre de banco fue alcohólico y su proceso de rehabilitación no fue cosa fácil. Su

personalidad es la del "fanático": cosa que le hizo llevar al extremo su gusto por el escocés y por el bitter. Este último le gustaba bien amargo.

El asunto de fondo es que es tanta su capacidad de persuasión que, durante los 20 años que se dedicó a tomar fuerte, fueron al menos 200 los individuos de su misma condición social a los que introdujo en el delirio etílico. Ahora, con la misma capacidad de convencimiento que le es habitual, busca cambiarle la afición a todo ese regimiento al que él le enseñó a levantar la copa y doblar la muñeca.

Al salir de la consulta me le acerqué y con voz seria le dije: "¿No sabe que tomar mucho plátano con leche puede hacer mal para el estómago?"

—Ya lo creo, pero sólo cuando la tasa de indigestos supere a la de alcohólicos tomaré medidas al respecto.

Me tuve que callar.